

MILES de carteles tachonados de colores rojo y gualda, con un Licinio de la Fuente como de luto y con la mirada dirigida al personal, invitaban a acudir al primer mitin que Alianza Popular —sonoramente apellidada "Señorío de Vizcaya"— celebró por estos pagos el 29 de marzo.

Hay que reconocer que Alianza Popular no andaba descaminada al elegir Baracaldo como línea de salida de Euskadi. A tiro de piedra de la capital vizcaína, Baracaldo es la localidad que en los años de posguerra ha sufrido el mayor y más irracional crecimiento demográfico de todo el País Vasco. De las 30.000 almas con que contaba a principios de los años cuarenta ha pasado a las 160.000 de hoy, sin apenas modificar su infraestructura y equipamientos sociales. Un babel urbanístico, aprisionado en su periferia por el gigantismo industrial de Altos Hornos de Vizcaya y toda clase de factorías químicas y metalúrgicas, alberga una población típicamente proletaria procedente de todos los rincones del Estado, lo que ha enraizado, a diferencia de sus pueblos vecinos, una profunda dispersión social.

Son célebres en Baracaldo los escándalos inmobiliarios, los chanchullos de las mafias caciquiles locales y la ya rancia supeditación del poder municipal a los intereses de la industria, todo ello salpicado de picarescas anécdotas, como la de aquel pluriempleado concejal de cultura, que, además de figurar en la nómina de Altos Hornos de Vizcaya, impartía enseñanza del espíritu nacional, todo lo cual concluyó en estrepitosa escandalería con lo más connotado de la delincuencia local, o las rocambolescas maniobras entre facciones rivales en el seno de la Corporación en torno a la cesión de terrenos a las industrias, cosa que solía saldarse con capotazos en favor de los adinerados y en ausencia de algún concejal contestatario.

Esa combinación entre un caldo de cultivo propicio a la desmembración social y la acción de un "bunker" local interesado en impedir una vertebración popular de larga tradición en el País Vasco ha hecho de Baracaldo una localidad de difícil arraigo comunitario, donde la izquierda es, y lo será más, preponderante, pero también donde la derecha ultramontana intenta rebañar votos.

Otro dato a no menospreciar en relación con Baracaldo es la presión nacionalista, que genera numerosos anticuerpos en una población recientemente incorporada a la vida urbana e industrial venciendo tremendos obstáculos para tratar de adaptarse al nuevo medio. El fenómeno no es nuevo y su ubicación no es exclusivamente vasca, pero en este país podría adquirir tintes más dramáticos debido a la radicalización y exasperación política.

Si Baracaldo es la arista más

Euskadi

Ultramontanos en el señorío

PERU ERROTETA

aguda del marco vasco, el ejemplo sirve, en mayor o menor medida, para toda Euskadi. Atareadas en la táctica o preocupadas en vender producto político a semanas vista, algunas fuerzas vascas tienden a esquivar la peliaguda cuestión de la existencia en este país de dos comunidades diferenciadas que solamente lograrán integrarse derrochando imaginación y buena voluntad, desterrando todo intento de imposición, síntesis a síntesis y en un largo proceso.

Es evidente que todo intento de ganar terreno por la tremenda, tanto por parte del nacionalismo como por parte de las tendencias centralistas de siempre, sólo puede conducir a enfrentamientos, a bloquear a la larga toda posibilidad de estructurar este país como ente político unitario, tanto a nivel interno como en sus relaciones con las nacionalidades y regiones del Estado, y, en definitiva, a desenterrar viejos demonios chauvi-

nistas, al lado de los cuales el lerrouxismo se quedaría chico.

San Jorge, el marxismo y las nacionalidades

En un estado de cosas así y con un terreno previamente abonado por los aparatos de la nostalgia —movimiento, sindicatos, ayuntamiento...— llegaron don Licinio y don Noel a Baracaldo, a caballo de desgastados tópicos, avivando rescoldos cantonalistas, sembrando demagogia y desenterrando el hacha de la guerra contra el marxismo y las nacionalidades, con el designio de conquistar votos del miedo al activo de los plutócratas de siempre.

Ante el escaso millar de personas que acudieron al cine AHV, de Baracaldo, encuadradas por un estrenado servicio de orden, Noel

Zapico fue desgarrando conceptos y formulaciones magistralmente aprendidos en sus largos años de militancia verticalista. No faltaron los cantos al trabajo de "los hombres de estas tierras", y la apelación a los jubilados y minusválidos, ni las referencias al "marxismo disgregador", todo ello envuelto en vieja retórica nacional-sindicalista. Con tono de contralto, don Noel criticó las medidas del Gobierno a la nueva normativa sindical, pronunciándose por la libertad y el pluralismo de los sindicatos, cosa que produjo un bache disonante en su estudiado discurso, sobre todo teniendo en cuenta que no hace aún mucho tiempo Noel Zapico alcanzó celebridad en tierras ginebrinas cuando intentó impedir por la fuerza el reconocimiento de CC. OO., UGT y STV por la Organización Internacional del Trabajo.

Correspondió, sin embargo, a don Licinio el protagonismo en lo que a exhumación de fantasmas se refiere. Cuando con potente voz comenzó dirigiéndose a "las españolas y españoles todos de Vizcaya" hubo que hacer un esfuerzo para entender que nos encontrábamos en marzo de 1977 y no en cualquier día de los años cuarenta.

"A Vizcaya vine siempre a hablar de trabajo (...), ya que el trabajo es realmente la melodía vital de vuestra existencia", dijo don Licinio.

Y abundando en el tema añadido que "el trabajo ha sabido fundiros a todos, nacidos en Vizcaya y en otros lugares de España, en un abrazo, hecho de los materiales más nobles de la vida y sería trágico que la política venga ahora a romper ese abrazo, desnaturalizando lo que de noble y rico creador tiene el regionalismo, para transformarlo en lo que de equivocado, disgregador y fratricida tiene el separatismo".

A partir de ahí, don Licinio aún sigue golpeando como martillo de herejes: "Torpe ceguera de los separatismos", "hostilidad que puede derivar en lucha fratricida", "no quiero que nos roben a nadie una parte de nuestro común patrimonio histórico y cultural para deshacerlo en pedazos"... En la vehemencia oratoria del ex ministro de Trabajo, una afirmación empezaría a poner las cosas en claro: "Nosotros no tenemos que renegar de lo que hicimos antes ni nos estorba nuestra lealtad a Franco".

Los ornamentos nominativos y el recurso al perdón del señorío no fueron suficientes para que Alianza Popular ocultara su oreja ultramontana. Cansados de charra retórica llegaron a Vizcaya a rendir servicio y pleitesía a los apellidos de siempre, no dudando en recurrir a la desnaturalización de sentimientos políticos con tal de llevarse alguna papeleta a las urnas o, quizá peor, de introducir una peligrosa cuña en Euskadi de incalculables consecuencias. ■

